

EL DOCTOR EL MAESTRO Y EL POETA

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

Alejandro Martínez
Diego Valbuena
Edgar Medrano

NO ESCRITORES/

Índice de contenido

Prólogo

Escribir una entrada de esta índole no deja de ser un acto de autoridad, que aclaro, no pretendo tener sobre el Doctor o el Maestro. En ese sentido, esta antología fue concebida como un acto de amistad donde los textos seleccionados no corresponden a un gusto personal o a sus escritos más brillantes, sino a lo que esas letras dicen de ellos, cómo esas letras los acompañan más de lo que creen y cómo los puedo ver a través de esos relatos, porque dicen mucho de sus maneras y modos en que ven realidades. De paso, les quiero agradecer a ellos por su generosidad al construir esta antología, por dedicar tiempo a escribir, por pensar la literatura de una manera diferente y obvio, por su compañía durante más de diez años. Para terminar, le quiero extender una invitación a usted, buen lector, a que lea entre líneas este texto, y juzque como encuentre pertinente a los No Escritores.

Bogotá D.C. Septiembre 23 de 2019

El Poeta

El Doctor

Una oportunidad

Por el pasillo del primer piso del centro comercial se apura la señora con cuerpo de uva, piel de lenteja y cara de Madame adivinadora. Mueve el cuerpo como si corriera, pero no corre. Agita la mano ultra humectada con crema de catálogo y ataviada con anillos de la Joyería Cano. El perfume pesadísimo que usa llega al ascensor primero que ella y se mezcla con el tufo a almuerzo que sale de un empaque de icopor que lleva un domiciliario metalero. La puerta empieza a cerrarse y mi lado más amable o más misericordioso o más curioso es el que me ordena meter la mano en la botonera y darle una oportunidad a la Madame, que por fin entra, no da las gracias y sólo pregunta "¿Sube?". Le digo que sí, con la cabeza.

La puerta se cierra y por un segundo creo que le he mentido. Porque el ascensor baja, pero no al primer piso ni al sótano. Baja de un cimbronazo medio nivel y se atasca. La señora Madame se toma el pecho y pega un gritito. El metalero domiciliario agarra su bolsa con almuerzos como si llevara un bebé ajeno o dos gatitos enjabonados. Parece que va a regar la sopa de cuchuco. Su torpeza asusta a la ejecutiva clase media que tiene al lado. Tacones negros de suela roja, Jimmy Choo de imitación; una falda campana con vuelos, colección pasada de Zara, promoción Otoño/Invierno en esta ciudad sin estaciones; una blusa de organdí, blanca, traslúcida, con acabados de satín en el cuello y las mangas, que deja ver un brasier de encaje con un entramado simétrico de tirantas. No sé bien si excitarme o sentirme apenado por tanto Project Runway que he visto esta semana.

Al final, me excito.

Y mi excitación puede ser producto de la piel de la ejecutiva o puede ser el rastro de sudor acaramelado que sale de la niña fitness que completa el círculo que hemos armado. Esa no se ha enterado si quiera, tiene audífonos y sus pulgares repiquetean la pantalla del celular como gallinas hambrientas. Tiene un pantalón licrado adidas, una chaquetita que parece confeccionada con bolsas y un morral del que cuelga una cantimplora con rastros de algún batido verde. ¿Será apio, semillas de chía y leche de almendra? ¿Será aloe, con manzana y quinua? Esas manos con manicura de treinta mil pesos no han lavado un plato en la vida. Parece que ni siquiera le importa la situación, pues su mirada sigue fija en el teléfono. Mientras escribe con frenesí hace un trotecito estático de media

velocidad y mueve la cabeza de lado a lado. Seguro sigue el ritmo de la música en sus audífonos. Reguetonera de gimnasio: TRX en la mañana, media de antioqueño y una pepa por la noche. Divina, cómo se cuida. No sé si excitarme más o empezar a odiarla.

Mejor hago las dos cosas.

La Madame rompe el silencio y dice: ¿Diosmioyahoraquepasaría? Pegadas las palabras como si fueran una sola, como las contracciones alemanas o los panes de en el supermercado. Y nadie responde. Hasta el metalero ha dejado sus almuerzos en el suelo y se ha puesto audífonos, pues el reguetón de la atleta aguardientera se alcanza a escapar de sus orejas diminutas y brillantes. La ejecutiva también chatea, como perdida en otro mundo. Solo yo y Madame Señora nos vemos a la cara. Yo no le digo nada, me encojo de hombros y presiono el botón de emergencia. Entonces ya es el colmo del descaro, ella revuelve su cartera y saca su teléfono, que es más grande, brillante y costoso que el resto, y también empieza a chatear.

Mi esperanza es que la batería de todos los teléfonos se agote y luego, horas después, sentados en el suelo, hablemos un poco mientras compartimos los almuerzos fríos que el metalero ha decidido vendernos. Que luego juguemos picobotella y yo tenga que darle un beso primero a Madame señora, discreto y sin pasión, para luego enroscarme con fiereza a los labios de la ejecutiva *midclass* o a la boquita diminuta de la gimnasta drogadicta. Que nos veamos a los ojos y nos unamos en un sentimiento colectivo de odio, de espanto, de miedo. Que vayamos agotando el oxígeno, para sentirnos borrachos y lujuriosos. Para hacer noticia en histeria compartida.

La puerta se abre y contra todos los protocolos de seguridad un vigilante asoma la cabeza por el hueco que hay entre el suelo del edificio y el techo del ascensor.

—Estamos fregados mis señores porque el técnico está perdido, no contesta. Que dizque ya venía para acá pero apagó el celular. Estará viendo el partido y tomando cerveza.

La voz le suena como entrapada en thiner. Tiene un bigotico casposo, dientes amarillos y una papada que se le arremolina en el nudo de la corbata.

—Toca esperar muchachos… Y mi señora.

Lo dice mirando a Madame adivinadora. Haciendo un gesto como quien se quita el quepis, pero se arrepiente a medio camino. Las señoritas ni se enteran y

la señora, más que halagada, parece espantada por el celador. Yo espero lo peor, que el ascensor se descuelgue o suba, que en ese movimiento repentino y limpio rompar al guarda de seguridad en dos pedazos, y que el torso y la cabeza con bigote nos dañe todo el plan. Pero eso tampoco sucede. Todos siguen absortos en las pantallas. El vigilante nos lanza cinco bolsitas infladas y cerradas herméticamente, con el logo del centro comercial. Yo abro una y dentro encuentro una bolsa de agua, un paquete de maní, unas galletas waffer de arequipe, un cupón del 50% de descuento en un combo de taco bell, un segundo cupón dos por uno en mi próxima visita al multiplex de Cine Arte y una pequeña carta que dice:

Apreciado visitante, el Centro Comercial y Financiero Avenida ofrece disculpas por la situación. Lo invita a permanecer en calma. Le recordamos que nuestro servicio de WiFi es gratuito para nuestros clientes.

Firma digital del gerente de servicio al cliente.

La puerta se cierra de un golpe pero el vigilante ya se ha ido. Las bombillas blancas del ascensor se apagan y luego, dos segundos mas tarde, vuelven a encenderse, pero con menor intensidad. La Madame se agacha como puede y guarda su kit de supervivencia en su bolso. Lo mismo hace el metalero, lo acomoda en los bolsillos de su bata amarillenta, manchada de aguacate y colicero. Tiene botas Dr Martens originales, la edición limitada con suela de plataforma y bandera de la unión bordada en la tira del calzador. Las niñas siguen indiferentes. Las luces se apagan, se prenden, titilan por unos segundos y vuelve a iluminar el cubículo. El coctelito de regueton y bebidas orgánicas mira al tablero indicador. Dice PP. La ejecutiva midclass parece que despacha una reunión desde su celular. Nadie me ve a los ojos. Nadie se ve.

Del suelo llega un ruido mecánico y empezamos a subir lento, a media marcha. No nos detenemos en el primer piso, ni tampoco en el segundo. El ascenso es más miedo que alivio, para mí es el agravante de nuestra siguiente caída. Recojo los dos paquetes de supervivencia que quedan en el suelo mientras llegamos al tercer piso, en donde la puerta por fin se abre, en el nivel indicado, con el sonido indicado. Campanilla, luces. Madame duda un instante pero sale primero que todos. La siguen la ejecutiva y la niña fitness y por último el metalero. Yo me quedo atrás mientras la puerta empieza a cerrarse, tan lenta como fue el ascenso.

En el tercer piso, por el pasillo que conecta los ascensores con los cines viene corriendo una mujer de unos treinta años. Tiene el pelo teñido, apenas en

las puntas, una camisilla blanca, unas tetas de quirófano, las piernas descubiertas por un pantalón desteñido y roto, con huecos por donde parece salírsele un muslo. Le tiembla la carne bien bronceada mientras trota, porque ya no corre. Lleva paquetes pesados y el bolso enredado en el antebrazo. Me hace señas con desespero, me mira con sus ojos inexpresivos de lentes de contacto azules. Y así como viene ella, con su esplendor de polímero, me olvido del pico botella, del almuerzo tibio, de los besos apasionados y la orgía desesperada. No sé si es mi lado más sádico o el más iluso o el más esperanzado, pero vuelvo a presionar la botonera para darme otra oportunidad.

¿Baja? Me dice. Y yo le digo que sí con la cabeza. Siempre.

La imposible sonrisa de un perro pug

Tiemblas al ponerte las medias que te regaló la ministra, las trajo desde París solo para ti. Socquettes de algodón egipcio de no menos de veinte euros. Tienen bordado el hocico de un pug, de tu pug. Las has guardado por un mes esperando la reunión de hoy. Quieres que las vea, estás desesperado por tener un tema de conversación. ¿Tú? Sí, tú mendigando palabras. Tú, tan brillante, tan gracioso. La vejez te ha llegado igual que a cualquier pordiosero.

Tiemblas y no es el miedo, aunque tienes miedo. Es el maldito Parkinson que te hace dudar hasta del trazo de tu firma, que revuela los papeles que llevas en la mano y te impide poner la clave del celular.

Te miras al espejo, la barriga contrasta con el resto de tu cuerpo. Toda una vida esbelto y ahora tiemblas y tienes una panza hinchada de niño desnutrido.

Mejor hago las dos cosas.

Escuchas el jadeo sordo de tu perro acercándose. Con pasos cortos y torpes se mete entre tus piernas. Los ojos negrísimos reflejados en el espejo te devuelven una mirada triste. Es como si ese animal diminuto te leyera el pensamiento. Como si pidiera a gritos una caricia porque tú también la estás pidiendo. Te sientas al borde de la cama y pones su cuerpo tibio sobre tu canto, sin importar que el pantalón se te llene de pelos. Tu perro es más importante que cualquier reunión, que cualquier ministra. Te aterra, eso sí, que muera y te deje solo.

Con el animal hecho un ovillo jadeante sobre las piernas, revisas desde tu teléfono el correo electrónico de la oficina. Tienes más de setenta mensajes sin leer. Por el nombre de los remitentes y el asunto sabes que no es nada diferente a trabajo. Quince mensajes de tu asistente, que parece más bien tu jefe. No te sirve de nada porque te duplica las labores. No sabe hablar en público, se viste mal, no tiene tacto. Te hace ver como un tonto. Has despedido a muchos por menos, has destruido personas por errores menores, pero con ella no puedes, te cuesta. Debe ser compasión, lástima o algún sentimiento horrible que también sientes por ti. ¿Será porque es la única persona en el mundo que parece estar más sola que tú? Al menos tú tienes a Coco. Jadeador eterno.

Bajas al comedor y Carmen ya tiene listo el desayuno. Una taza humeante con té que trajiste de Edimburgo, unas arepas de quínoa, una tajada de queso y un huevo pochado. ¿Cuánto tardó Carmen en aprender la técnica de pochar? Al

menos tres meses. La obligaste a repetir el paso a paso casi todos los días y a comerse los huevos que le quedaban mal. Le decías una y otra vez: El huevo pochado no es un huevo tibio.

Le das un mordisco a la arepa y tomas un sorbo de té. Está amargo. Le has repetido tantas veces que el *earl gray* no debe dejarse en el agua por más de cinco minutos. ¡Carmen! le gritas, Cuántas veces le he dicho a usted que el té no se deja en la taza. Y te levantas, mientras el resto del desayuno humea y el estómago se retuerce todavía hambriento. Te paras de la mesa, agarras una carpeta con papeles y te vas. Sales apurado por el corredor hasta el ascensor. Con el dedo índice temblando oprimes el botón y esperas. Mueres de hambre, pero la necesidad de exacerbar tu sufrimiento puede más. Ese deseo por hacer del más mínimo conflicto un gran drama, eso te alimenta, más que los huevos perfectamente pochados.

Abajo ya espera el conductor. Nunca imaginaste tener un conductor ¿O sí? ¿Lo hacías en aquellas fantasías de grandeza en tu niñez y tu juventud? No lo crees. Siempre pensaste en un convertible alemán y una juventud eterna. Pero mírate, estás viejo y te mueves por una Bogotá helada en la parte de atrás de un carro familiar. Tienes chofer, pero tu carro es un sedan barato, un carro de serie hecho en China. Escuchas la radio y esperas que hoy no se repita la estúpida polémica de los últimos días. El escándalo por los recursos públicos que, dicen, has despilfarrado en nombre del arte y la cultura. Son tontos, no entienden tu forma de pensar y de actuar. El tiempo les demostrará que tienes la razón, al final todos verán que tu plan es brillante y los créditos serán todos tuyos. Es difícil vivir en este país de cegatones, que no son capaces de ver más allá de sus manos estiradas. Tú, en cambio, siempre vas un paso adelante. Te han augurado tantas veces el fracaso y el olvido, pero acá sigues. Viejo, es verdad. Desprolijo, muy cierto. Pero tu nombre se escucha en los medios, te adulan los que quieren algo de ti, te odian todos los demás. Todos aquellos a los que has negado tu generosidad.

¿Fue hace cuánto? ¿cuarenta años? Tu padre sentado en el sillón viéndote con asco a los ojos. Tu madre de pie, con una mano apoyada en el respaldo del sofá y la mirada en el suelo, como la de un miope que busca un lente de contacto. Eres homosexual, duermes con un hombre, te vas a Francia. Te importa poco este lugar y lo que piensen de ti. No vas a fracasar, les prometes, los retas. No voy a fracasar y sabrán de mí. Sales con una maleta a medio hacer. Afuera te esperan en un Fiat 1600. El motor encendido, la acera tibia, las calles parecen zumbar como moscas sobre un basural. Buscas un escondite para lamerte las heridas.

Por un momento pensaste que perdías. Creíste que el anciano, que luego iría

a pudrirse por años en la mecedora de una finca en Envigado, te iba a ganar la pulseada. Que antes de morir iba a ver tu cuerpo revolcado y la tierra ganando espacio en tus pantalones. Pero no fue así, estuviste en televisión, en cine, en los periódicos y en el teatro. Andabas con las mujeres más bellas del país y en noches eternas desvestías a jóvenes que apenas sabían de su propio cuerpo. Y les enseñabas a amar, dibujabas límites y los rompías una y otra vez. Transgrediendo reglas que creabas solo para ellos. Y el amor te duraba meses y después todo se acababa y volvía a empezar. Y la gente lo sabía, y ese, tu viejo, se pudría en el vaivén de una mecedora.

Nunca lo visitaste, pero te asegurabas que supiera de ti. Sólo hablabas con tu hermana, por cartas que le enviabas desde la Costa Azul, Los Alpes Suizos o el Bosque Negro, con una que otra foto con un paisaje otoñal de fondo, vestido con una chompa con cuello de ante, una bufanda de cachemir o un abrigo de paño impecable. La llamabas siempre en su cumpleaños, sin importar si estabas en Lisboa o Moscú. Viajabas para olvidarte del mundo, pero nunca para olvidar a tu hermana. Su voz, con ese acento paisa, te acariciaba con familiaridad a la distancia. A veces llorabas del otro lado las pérdidas, le contabas los tórridos romances y le describías la anatomía de tus amantes. Un día le contaste que volvías, que ya estabas listo para hacerlo. Otro día, mucho después, cuando tus viajes eran notas en las páginas sociales, te contó que el viejo había muerto. Llamaste a tus amigos de la prensa para que salieran en todos los diarios páginas de condolencias por TU PADRE. Que todo el mundo supiera que era el procreador de un maricón. Ese fue el punto final de tu venganza.

Pero después vino la debacle. Todas las crisis se juntaron para joderte, la de la apertura económica, la de la burbuja inmobiliaria, la del intercambio de divisas, la de la guerra y el desempleo. Tus cuentas bancarias se desocuparon, las inversiones en finca raíz perdieron su valor. Algún hombre bien vestido que supo endulzarte la oreja te estafó, aunque de eso prefieres no hablar. No supiste si era peor un corazón en pedazos o la bancarrota. Te quedaste sin un peso, con muchas deudas y un frío de soledad cuando no se es nadie. Pero cuando pensabas que todo estaba perdido, volviste a empezar. Como si el fantasma robustecido de tu padre te azuzara. Y vestiste tus mejores ropas y empezaste a hacer lo que más odiabas, pedir. Y se te dio. Y aunque no lo es todo al menos tienes tu chofer y tu oficina y la atención que tanto has demandado. Aunque tengas panza, un catarro alojado en la garganta, un rugido constante en las tripas y el pulso hecho una mierda, tienes atención y poder. No todo, pero el suficiente. Más que muchos otros de tu edad.

Llegas a la puerta del Ministerio y sales del carro con el mismo ritmo afanado con el que dejaste la casa. Caminas erguido y el viento helado que baja

de los cerros se te mete en los ojos y te arranca una lágrima. Te limpias con la bufanda y te adentras a los pasillos de la burocracia que ahora te alimenta. Te dicen Maestro, Doctor, Director, Jefe. Te saludan con risas un poco incómodas, pues tu fama te antecede. No eres una reina que busca ganar la simpatía de todos, eso dices. Eres un rey depuesto, mejor, que quiere algo más que simpatía, algo más que respeto. Quieres que te teman y que te rindan pleitesía.

Subes los escalones de madera, que crujen con cada paso. Ves la cara de los oficinistas y los escritorios con montañas de papel. Escuchas el sonido sutil pero incesante de los servidores públicos. En el descanso de la escalera te detienes y de adentro te ataca un ardor que te obliga a toser. Una vez y dos y tres. Es una tos seca y fuerte. Sientes como si tu saliva desapareciera o se hiciera alambre. Vuelves a toser e intentas ahogar el ruido con tu bufanda. Respiras y sigues subiendo pero al llegar al segundo piso te vuelve a atacar desde dentro. Doctor, ¿un vasito de agua? Lo recibes sin decir palabra, solo asientes con la cabeza enrojecida. Tomas dos sorbos con apuro y devuelves el vaso. Y sigues subiendo, podrías estar muriendo pero no te detendrás ahora, estando a unos metros de la ministra, de la reunión que has esperado por tanto tiempo.

Aclaras la garganta y sientes el carraspeo en la laringe. Compruebas que aún suena tu voz y te acercas cansado hasta el tercer piso, en el que un nuevo ataque de tos amenaza, pero que contienes muy bien con las manos puestas sobre la boca. Atraviesas el umbral y llegas hasta el escritorio de la asistente, el vestíbulo del despacho de la ministra. Te anuncias y, luego de una llamada, te piden que esperes unos minutos. Te sientas en una silla mullida y empiezas a leer en voz baja el informe que vas a presentar. De a poco van llegando los demás asistentes, son mucho más jóvenes que tú, los saludas con una efusividad impostada. Uno de ellos parece una versión joven y bronceada de Richard Nixon. La misma calvicie, la misma joroba, aunque no tiene mas de cuarenta años. Te gusta, lo has visto antes, le tiendes la mano, le sonríes.

Por fin se abre la puerta, que más bien parece un portón, y es la misma ministra la que aparece al otro lado. Los hace seguir y pide agua y café y aromáticas y pandebonos. Se sienta de prisa en la mesa ovalada y gigante que se extiende por casi todo el despacho, guardando una silla para ti justo a su lado derecho. Estas a punto de estallar de la emoción pero te contienes, te sientas contenido y ella te saluda y pregunta por tu hermana, por Coco, por tu salud. No te gusta que pregunten por tu salud, porque te hace sentir viejo, pero le respondes que todo está bien. Le mientes y dices que todo está mucho mejor. Y la reunión, después de una ronda de rumores y susurros, empieza.

Pasan horas y aún no llega tu turno. Exponen cifras, presupuestos, cuadros estadísticos. Son presentaciones grises y aburridas que no tiene los resultados

sorprendentes que estás por revelar. Pero no te muestras impaciente, finges interés en lo que dicen. Miras con disimulo los gestos de la ministra y los repites. Asientes cuando ella lo hace o niegas con la cabeza cuando aparecen saldos en rojo y dineros por ejecutar. Ya casi es mediodía cuando la ministra pide la atención de todos, como si no la tuviera ya, y dice que ha dejado lo mejor para lo último. Eres tú, no puedes pedir más.

Abres la carpeta y las diapositivas empiezan a proyectarse en la pared. Cuando quieres empezar a hablar sientes otra vez la saliva hecha alambre, que se abre paso desde tus entrañas y, con una lentitud anticipable, se convierte en tos. Primero corta, como la de Coco cuando está resfriado, pero luego más fuerte, más escandalosa, más dramática. Tienes que volver a tu silla porque no aguantas los pulmones y sientes que la pleura se te recarga en las amígdalas y los ojos te empiezan a lagrimear. La cabeza se te pone morada y la ministra empieza a palmearte la espalda. Entonces la tos se hace un quejido sordo, como el último aliento de un muerto. Tu voz es un chillido. Y cuando crees que vas a dejar de respirar, todo se detiene, todos en silencio viéndote la cara hecha un coágulo. La ministra te pregunta si estás bien y tu no puedes responderle ¿Cómo? Si todo tu cuerpo es un solo quejido asfixiado.

Ella se pone de pie y pide a gritos un vaso con agua. Intentas tomar un sorbo pero lo único que logras es atorarte aún más. Babeas, toses y escupes en tu bufanda, en los papeles sobre la mesa, en los pandebonos. Te llevas la mano al cuello y sientes que arde por dentro, que se quema de resequedad. Quieres ponerte de pie pero el dolor te dobla las rodillas. Los directivos se acercan, te rodean. Todos menos el Nixon latino, que se ha quedado en su silla. La ministra dice que te acuestes, que te desabotones la camisa y pide un espacio para ti. ¡Que abran las ventanas! ¡Que entre un poco de aire! El Nixon latino se levanta de su sila y viene hacia ti. Preferirías que se quedara sentado, que se quedara lejos para no verte perder la dignidad que habías sabido guardar por años. Se acerca y en un gesto de televisión gringa, se levanta un poco los pantalones antes de agacharse a tu lado. Reconoces el olor de su colonia, que se mezcla con el aroma a cuero de sus zapatos ferragamo ¿Pueden ser? Tiene unas vulgares medias de algodón, unas medias de no menos de veinte euros. El hocico bordado de un pug, de cualquier pug. Recuerdas los ojos negrísimos de tu animal, y esa mirada triste. Era pesar.

Cruel de su parte

Abres la puerta de tu casa. Tu hija entra derecho a su cuarto con la mirada en la pantalla del celular. Aunque no te ayuda con los paquetes, no le reprochas. Pones las bolsas sobre las sillas en la sala y dejas que el peso de tu cuerpo se hunda en el sofá de cuero. Escuchas la voz indiferente de tu marido que saluda desde el cuarto. No le respondes. Miras al techo y tratas de organizar tus pensamientos. Notas que aún respiras agitada, que el pulso todavía está alborotado y que ese niñito te ha dejado con el pecho cargado de ansiedad.

Vas a la cocina y de un solo trago te tomas un vaso de agua. Te pones los guantes de hule y empiezas a limpiar, pero luego dejas todo como está, sin que te importe nada. Dedicar lo poco que queda del domingo a organizar las compras y lavar platos y ollas, sería un desperdicio. Apagas las luces de la sala y el comedor. Te asomas a la ventana y ves la ciudad iluminada desde los cerros, el asfalto brillante de la avenida y los focos marchitos en el sur. Lo buscas entre la poca gente que camina a esa hora por la calle. ¿Vivirá cerca? Si en una semana lo esperas a esta misma hora en la estación del bus ¿lo volverías a ver? Te sientes como una quinceañera y eso, más que nada, te angustia.

Aún no quieres ver a tu esposo, así que te encierras en el baño sin encender la luz. Te bajas los pantalones y, sentada en el inodoro con las manos en los tobillos, esperas aliviar ese dolor en el vientre. Pero nada pasa, no puedes orinar. Te das cuenta que esa sensación en la vejiga es pura ansiedad. Hace tanto no la sentías que se te habían olvidado los efectos. Te pones de pie y prendes la luz para verte en el espejo. Tus piernas no son feas pero ya dejan ver el color azulado de las venas. Tienes las rodillas un poco secas y el culo se te empieza a marcar con el borde de los calzones. ¿Qué te veía ese niñito en el bus? ¿Por qué te miraba con esos ojos? ¿Por qué le sigues diciendo niño si la memoria te lo muestra como un hombre?

Desenredas la bufanda que te cubre la papada, presionas la piel contra tu mentón, la corriges con tus dedos y la sueltas. Ves tus ojos claros y las bolsas que se asoman bajo tus párpados, las canas en tu cabello, la grasa que empieza a sobrar en tu cuello. Desabotonas tu camisa y ves las pecas en tus hombros. Desabrochas el sostén y tus senos se van cayendo. Estás algo flácida alrededor de tu ombligo, pero tu cuerpo pálido y suave aún se ve elegante. Tus tobillos son hermosos, tus talones están un poco enrojecidos por los zapatos y tus uñas lucen opacas. Mañana deberías pintarlas de rojo.

Al principio creías que la cosa no iba contigo, pero su mirada era tan

evidente e intensa que tus mejillas se pusieron rojas. Lo buscaste en el reflejo de las ventanas para no tener que mirarlo a los ojos. Él adivinó tu estrategia y buscó también tu reflejo. Miraste para otro lado para perderte entre los demás, pero fuiste tan obvia que él empezó a sonreír. Era un juego. Cruel de su parte.

Cuando llegaste a la estación pensabas que todo iba a terminar. Pero mientas avanzaste a la puerta del bus él salió contigo. Las compuertas de la estación no abrían así que se te adelantó y, con esfuerzo, empujó la puerta y te dejó pasar por el hueco que fue abriendo con sus brazos. Te sentiste halagada por ese acto insignificante pero heroico. Tu hija, concentrada en la pantalla del celular, seguía tu rastro como un cachorro pegado a su madre. Deseaste estar sola para darle a él las gracias en voz alta y, quizás, empezar una conversación mientras caminaban hacia la salida de la estación. Pero ella estaba ahí, así que sólo fue asentir con la cabeza y sonreírle con timidez. Caminaron al mismo ritmo pero separados por un par de metros. Subieron el puente y tomaron juntos el brazo oriental. Cuando bajaron las escaleras lo hicieron al mismo tiempo y por un momento tu hija quedó rezagada. En el último escalón tuviste que esperarla y ahí se separaron.

Él tomó por el andén al sur y tú tuviste que caminar al norte. Cuando le diste la espalda mientras se alejaba, te sentiste triste, como si perdieras una posibilidad única en toda tu vida.

Caminaste algunos metros con tu hija al lado y volviste la mirada para buscarlo. Él estaba en la esquina viendo cómo te alejabas. No disimuló un segundo y ese atrevimiento te aceleró aún más el ritmo cardiaco. Así, perturbada, seguiste las dos cuadras hasta tu edificio y los diez pisos por el ascensor. Por eso, cuando llegaste al apartamento y tu hija siguió derecho, no le reprochaste nada.

Anjeo

Esa madrugada Camila, la domadora de ballenas, llegó en un carro viejo y salimos por la vía al mar. En la silla de atrás dormía una mujer. Olía a aborrajados y a leche de coco. Se le transparentan los pezones por entre una camisilla blanca. Tenía los senos caídos, acorralados por los brazos que se le juntaban en el canto. Camila conducía habilidosa y afanada por las calles vacías y cálidas del amanecer. Sudaba goticas pequeñas que le bajaban por la nuca y se le perdían entre los lunares de la espalda, desnuda a medias. No sudaba por el calor, sino nerviosa porque escapábamos con Zobeida de algún brujo valluno que la había rezado.

Son muchos días huyendo y muchas noches despertando en un lugar que no conozco. Mis sueños en los que corro desnudo por calles de mi infancia se interrumpen con los sonidos nocturnos. Uno en especial me aturde, un vibrar sutil que se parece mucho al ruido del disco duro de un Texas instruments en los noventa. Mis movimientos en el catre en el que duermo resuenan en la madera del suelo. Parece que la humedad de la selva amplifica los sonidos más débiles y los va haciendo estruendos que perturban a las cucarachas que mueven sus antenas en el espacio entre el bungalow y la tierra.

Sudo y me muevo de un lado al otro, envuelto en la sábana que parece más una toalla húmeda. A veces la domadora se asoma a mi cabaña y me lleva una infusión de hojas de algún árbol, para que duerma desnudo y sueñe cubierto de seda hasta la madrugada. Cuando despierto veo a través del anjeo las primeras luces que logran colarse por entre las ramas. Veo esta selva que cada mañana es distinta, pues los árboles caminan aprovechando la oscuridad y la tierra desaparece entre la hojarasca y la lluvia.

Algunas veces en mi desvelo, aún en la oscuridad, empiezo a fantasear con la piel de Camila. Recuerdo sus dedos delicados y pálidos, sus labios carnosos y sus pezones rosados que he visto, por accidente y fortuna, mientras se baña bajo un potente chorro de agua que llega del río por una manguera incipiente. Pienso en su cuerpo, sus caderas y me masturbo una o dos veces esperando que las endorfinas me ayuden a conciliar el sueño. Duermo apenas una hora y estoy despierto de nuevo. Escucho llorar a Zobeida con sollozos agudos, como si se mordiera los dedos para ahogar el llanto. Pobre Camila que debe aliviar a un insomne y a una despechada. La imagino acariciando el pelo ralo de la negra triste y arrullando su amargura con una canción de cuna que en otro tiempo la misma negra le cantaba a ella.

Zobeida fue, hace muchos años, la nana de Camila. Cocinaba para ella y su familia tamales, sudados descomunales y encocados. Le pelaba chontaduros que cortaba luego en gajos para que Camila comiera con gotas de miel. En las noches, cuando la guerrilla volaba la estación de policía o la oficina del Banco Agrario, Zobeida le protegía la cabeza sobre su canto y la calmaba con una canción. Si sonaban ráfagas de fusil en el monte, la negra le arropaba las orejas con sus manos y callaba los tiros con un siseo que repetía hasta que conciliara el sueño, acostada en el suelo, lejos de las ventanas, para que ninguna bala perdida le atravesara el cuerpo.

Por esa guerra Camila terminó huyendo de este país. Trabajó en restaurantes, en oficinas de publicidad y luego de un tiempo, mucho trabajo y algo de suerte, se hizo una ejecutiva que pasaba su tiempo en aviones de New York a Miami, de Dallas a Chicago, de Boston a Washington. Era una trabajadora consumada que viajaba por ciudades colosales, que gastaba su dinero en las noches insomnes de las Vegas, que veía transcurrir la vida desde un penthouse en Miami. Estuvo a punto de volverse loca entre la ludopatía y el amor tibio. Antes de enloquecer terminó tirándolo todo a la mierda y volvió, entre una corazonada y la desesperación, al pacífico. Su sueño era nadar con las ballenas jorobadas, pero en el camino se enteró de las desgracias de Zobeida, así que decidió buscar a la negra enorme y mística que la había protegido en su infancia.

A Zobeida un brujo la enamoró o le hizo un amarre. Vivía triste, encerrada en una cocina del barrio Cristales en Cali, preparando platos suculentos para el reducto final de un cartel de drogas. Alimentando a los lavaperros que sobrevivieron entre madrigueras, cuando todo lo que había sido acabó.

Zobeida sigue llorando y yo sigo despierto con la luz encendida.

Escucho crujir la madera de los dos escalones a la entrada de mi cabaña. La puerta se abre y es Camila con una taza humeante en sus manos. Sus brazos lívidos resaltan por su camiseta negra de tirantes. Tomo dos sorbos de la infusión mientras ella se sienta al borde de la cama. Pongo la taza en el suelo y pongo mis palmas tibias en su cuello. La beso y me besa de vuelta y siento que su lengua encaja perfecto en algún lugar de mi boca. Mi aliento resopla por su nuca y le quito con habilidad la ropa. Huelo sus senos de vainilla, muerdo sus pezones, sus talones y me envuelve con sus piernas. La toco con la punta de la lengua y le dibujo líneas por todo el cuerpo. Repaso cada uno de sus lunares y bebo el sudor dulce en sus corvas. Se mueve sobre mí como una seda bamboleada por el viento. Es un estandarte de placer ondeando colores que me son familiares. Mi

cuerpo conoce su cuerpo y es todo lo que importa. El orgasmo llega como agua sobre mi pecho quemado por el sol. Es alivio y tranquilidad. Duermo, despierto, vuelvo a besarla y a arroparme con su piel de seda y su voz que arrasa. Vuelvo a dormir y siento que, después de tanto, por fin he pasado una noche completa en la misma selva.

La luz de la mañana se mete como hojas de un sable por entre la madera del Bungalow. Busco a Camila pero su olor desaparece como el recuerdo de un sueño desvanecido al despertar. Una polilla blanca ha quedado enredada en el anjeo. Su aleteo parece el sonido de un disco duro de un computador de los noventa. Escucho otra vez llorar a Zobeida, como si el brujo la llamara desde la ciudad, atormentándola. Pongo mi ropa, arrugada y húmeda entre mi maleta junto al resto de mis cosas. Salgo en silencio y empiezo a caminar por el zaguán que me lleva lejos de la domadora de ballenas, de su aroma y de su voz que entona, otra vez, una canción de cuna.

El Maestro

El sino de las letras

Me envió un video de Tame Impala y un archivo en pdf. Ignoré el enlace y abrí el archivo. Era un póster invitando al lanzamiento de El sino de las letras, el más reciente libro de poesía autoerótica incendiaria de su autoría. Le pregunté si me dejaría leer un adelanto para saber de qué va el libro pero me respondió con frases secas insistiendo en que debía ir al lanzamiento, que será mucho mejor que el libro. Detesto los lanzamientos. Al último que fui era de una antología de cuentos sin mayor criterio que los autores fueran nacidos después de 1980. Obvio, yo no clasificaba. El ambiente era de poco menos que tedio, pues la cuentista de 19 años hablaba con vehemencia sobre el papel político del cuento en la contemporaneidad, mientras que el cuentista rancio de 30 y pico de años la miraba con desprecio y la interrumpía para decirle que la literatura no sirve para nada. Al final de la charla, se abrazaron y se besaron con lascivia. Escritores. Me tomé dos copas de vino tinto decente y me fui tropezando contra esos cuerpos dóciles.

Llegué a donde antes había estado La madriguera del conejo, y que ahora es una sucursal más bien pobre de la Lerner. Lanzar un libro en un espacio donde no caben quince personas sentadas es un despropósito o una ofensa por parte de la editorial. En las sillas de enfrente estaban Candelaria, la editora del poeta, a la izquierda, y el librero principal de Lerner, a la derecha. El Poeta llegó 45 minutos tarde, en evidente estado de alicoramiento y, de seguro, con unas cuantas rayas en su cabeza para mantener una mínima compostura. Algunos asistentes ya se habían ido, así que llenaron esos puestos con desprevenidos visitantes que no sabían de la existencia de este local. De lejos el libro se veía bastante atractivo, como la mayoría de diseños de Tragaluz. Letras en blanco sobre un fondo negro mate. Me sorprendió ver el grosor de los ejemplares. ¿En qué momento El Poeta escribió todo eso? Fue lo que, curiosamente, explicó de primeras Candelaria. Eran apenas treinta poemas en una edición crítica a cargo de Albert Contreras. El crítico, a quien jamás había escuchado mencionar, se largó con casi trescientas páginas de comentarios, citas, notas, referencias y relaciones con los demás libros del Poeta; un análisis diegético sobre el versolibrismo llevado a ultranza y la incompatibilidad del Poeta con los de su generación. Menudo cabronazo. Obviamente, no estaba en el lanzamiento. El Poeta no dejó terminar la amelcochada exposición de Candelaria sobre los enormes logros de la editorial por publicar nuevas voces y darlas a conocer a un público que sabe apreciar productos literarios de calidad (los incautos que

sentaron a las malas se pusieron de pie y se fueron). El Poeta agradeció al vacío (supongo que el de la sala) y comenzó haciendo una cita, de memoria, de un autor. Dijo algo así como que los escritores buscamos con desesperación el reconocimiento, no el comercial, sino ese de palmadas en el hombro y sonrisas cómplices, el reconocimiento de los demás del gremio. Creo que usó la palabra colegas, pero pudo haber sido gremio. Aplaudí como todo un *groupie*, y el Poeta me saludó con la mano en alto. Luego, como recuperando cierto grado de lucidez, se refirió a algunos de los poemas del libro y hasta tuvo tiempo de leer uno que me dejó satisfecho:

Soy Belano desahuciado
trozos de estrofas gritan las pantallas del deseo.
un pajazo y mucho YouTube
indómitos protectores alumínicos de consumos fatuos
soy Belano oceánico habitante del oasis de horroro
deshabitado por la pluma que nunca será una gota de aceite.

Aplaudí de nuevo. Enfático.

Claro, recordé esas entrevistas de Bolaño antes de su muerte, el epígrafe de Baudelaire, su charla transcrita allá en Sevilla. Y el Poeta no dudó en traer todo ello a colación. Al parecer la lucidez le duró poco. Empezó por despotricar de George Washington zambo, a quien se le conoce como el principal cabecilla de la Rama Invertebrada. Habló de su desfachatez por rebuznar (así lo dijo) de lo que no sabe y decir que sabe lo que no ha leído. La frente le empezó a sudar cuando recordó que a ese mismo sujeto o individuo o ente, no recuerdo cuál dijo, le dieron un premio por un libro que no era de él, si no de Beatriz Antonia de Montes Lemaitre, poeta bogotana del siglo XVIII que dejó unos poemitas posrománticos por ahí perdidos en un anaquel recuperado por la Biblioteca Nacional y expuestos en el Tunal. Luego, como orate de diez líneas, empezó a señalar de corrupción literaria a los Onto-Negacionarios. No sabía ni que existían. Los culpó de tener tentáculos o de tener una red o una atalaya burocrática con la que capturan becas y premios y beneficios estatales con propuestas y libros de pésima calidad. Candelaria quiso interrumpirlo y por poco se lleva un golpe en la cara. Siguió con las vacas sagradas de engorde y sus apellidos rimbombantes con guiones y tildes francesas y afirmó, por no decir que predijo, la muerte por sacrificios de los Grandes Nombres de la Poesía a manos suyas, propias, pues tenía en mente silenciarlos con sus poemas y sus actos. Sin dejar muñeco con cabeza, siguió con el movimiento poético feminista inspirado

en las Pussy Riot, Versos Vaginales. Ahí ya estaba orate.

Se puso a hablar de clamidia poética, de candidiasis ególatra fascista (o nazi o incluso creo que mencionó al Duce), de recitales tricominiasistas, de la falta de una ducha vaginal poética para limpiar los hongos purulentos de los deseos por escalar socialmente sin importarles el consolidar una obra (aplaudí con timidez pues había dos jovencitas a mi lado, una ya me había mirado con picardía un par de veces), de abscesos y atrofias del lenguaje a la hora de leer sus mugrosos pasquines autoeditados. Nunca imaginé al Poeta tan conocedor de las vaginas. El librero se paró y se fue a hacer no sé qué en la parte de atrás del local. Hizo caer su silla como un gesto de desaprobación pero pareció más una rabieta de un niño sobreprotegido. Candelaria, pobre Candelaria, no dejaba de sonreír pero se veía traicionada, seguro por un arreglo previo con el Poeta, de no llegar a actos bochornosos. Las jovencitas se habían ido ya y quedábamos un anciano y yo como público, mientras el portentoso Poeta recitaba lo que parecía algo de su poesía, no se si nueva o vieja, pues ya no se le entendía nada. Candelaria lo agarró de un brazo y lo llevó hacia la salida. En medio del desorden tomé dos ejemplares del libro y los guardé como si ya fueran míos por derecho propio al haber asistido a esta velada tan amena y agitada.

Afuera, ya con el sereno pegando como para dejar inconsciente, el Poeta me dijo: no es neopreno, es antifuego lo que debe trae la próxima vez.

USB

“Venga, présteme su memoria”. Mi memoria, mi memoria… Comienzo siempre buscando en mis bolsillos, luego en mi maleta, luego me rasco la cabeza y digo: ¿dónde la habré dejado? Trato de recordar si extraje algún archivo antes de salir de mi casa, o cuando entré al café internet de la esquina, o si tal vez comencé a jugar con ella mientras intentaba recordar lo que había hecho apenas ayer. Porque hay días en que no recuerdo lo del día anterior, ni lo que hago, ni lo que digo ni mucho menos lo que me dicen. Y por ahí va la cosa. Los que me conocen se enfadan cuando me dicen: “¿se acuerda que ayer lo hablamos?” o “sí, eso fue conmigo”. Hay días en que despierto y no recuerdo qué día es. Mientras desayuno no recuerdo qué debo hacer, mientras me baño no recuerdo a dónde debo ir. Pero sí puedo recordar ciertos datos que tengo refundidos en mi cabeza: el desierto más árido, el de Atacama; la capital de Finlandia, Helsinki; el volumen de una esfera, cuatro pi ere al cubo sobre tres; la primera película de George Clooney, el regreso de los tomates asesinos. Nunca recuerdo el cumpleaños de mis amigos, el nombre de quien recientemente conozco ni la primera vez que dije mentiras. ¿Será que estoy mintiendo ahora?

Por fin, encuentro mi memoria en uno de los bolsillos de la chaqueta (y no comprendo cómo llegó hasta ahí). Recientemente he deseado tener instalado, detrás de una de las orejas, un puerto USB para tener a la mano mi memoria y estar seguro de saber dónde la llevo siempre. Pero, ¿y si lo olvido?

Azotea

Que yo sepa, el Doctor no toma café. Prefiere los jugos en leche. Yo no soy muy amigo de nuestra bebida insigne, así que me quedo con las aguas aromáticas. Aun así, acá estamos, en el Café Pasaje. Pedimos cerveza, nuestra otra bebida insigne, mientras observamos las fotos y los afiches descoloridos en las paredes de madera del local. El lugar no ha cambiado mucho pero sí su gente, le digo al Doctor, pues no es mi primera vez en este lugar. Hace más de diez años un amigo artista me trajo para que conociéramos uno de los lugares bohemios por excelencia, un local que atesora gran parte de la historia de esta ciudad. Poetas, presidentes, actores, muchas personalidades han pasado por este lugar que, para cuando lo visité con mi amigo artista, conservaba ese halo de antro donde se refugian los no deseados. Antes se podía fumar adentro, le digo al Doctor, y el lugar parecía en tinieblas. El Doctor sonríe con satisfacción pues tampoco fuma. Pedimos otras dos cervezas, el Doctor va al baño y yo me quedo observando una de las fotos de la pared cercana a nuestra mesa. Es del centro de la ciudad. La típica toma de los pocos edificios altos que hay en esta urbe que se ha jactado de ser una Atenas pero que para mi es más como un enorme caserío que juega a igualarse a un primer mundo apenas imaginado. En la foto aparece, entre otras construcciones, la casa presidencial. El Doctor regresa y le pregunto si ya le conté de mi paso por el servicio militar en el Guardia Presidencial. No lo puedo imaginar con traje camuflado, Maestro, me dice, ni disparándole a alguien. Usted no es de esos, concluye.

Aunque aprendimos a disparar, le respondo, a lo único que le apuntaba era a unas botellas llenas de agua y a unas dianas. Fuera de eso, realmente el fusil me generaba cierta inseguridad. Era como tener una herramienta con decisiones propias. Era como tener voluntad sobre las demás personas. Pero donde ese sentimiento se acrecentó hasta el absurdo fue en la azotea donde estuve los últimos tres meses de mi servicio militar. Fue en ese edificio, Doctor. Y le señalo en la foto amarillenta del centro de la ciudad uno de los edificios. No es alto, realmente. Debe tener unos diez o doce pisos, pero hay que tener en cuenta que el más alto no llega a cincuenta. Una ciudad chaparra. Qué había ahí, me pregunta el Doctor. No me lo va a creer, le digo mientras me tomo un sorbo largo de la botella, pero ahí quedaban unas residencias universitarias femeninas. Que qué es eso, Doctor, pues como usted bien sabe, hubo un tiempo donde el gobierno le prestaba algo de ayuda a la gente y una de esas era darle vivienda temporal a las mujeres que venían de fuera de la ciudad y que tenían la

oportunidad de estudiar en alguna universidad pública. Si cumplían ciertos requisitos, le asignaban un cuarto compartido en ese edificio. El Doctor pidió otra ronda de cervezas mientras me preguntaba yo qué hacía encima de tantas mujeres. No mucho, la verdad, le dije. Tenía que vigilar los cerros orientales con un arma descomunal.

Apoyada en el suelo por uno de sus lados era tan alta como yo. Las armas no me interesan, Maestro, me interesan las mujeres de ese edificio. O me va a decir que nunca hizo nada con ninguna, me inquiere mientras observa de nuevo la foto donde aparece la azotea de mi historia. Más o menos, Doctor. Un compañero y yo vigilábamos cada dos noches en esa azotea, pero para llegar hasta allá subíamos por un ascensor que no paraba en ningún piso. Difícilmente nos encontrábamos con ninguna de las estudiantes que allí se quedaban. Pero una noche pasó algo curioso. Mi compañero comenzó a escuchar voces que provenían de las escaleras, y se acercaban cada vez más a la azotea. Él palideció y caminaba de un lado a otro, como si algo muy malo fuera a pasar. Yo le dije que se relajara, que eran mujeres, nada más. ¿Y si mi capitán nos descubre? Doctor, por una extraña razón yo no estaba asustado. Debería estarlo, realmente, pues nadie que no fuera militar podía estar en la azotea con nosotros. Y en ese momento veíamos llegar a tres chicas que vivían ahí, con una botella de vino espumoso. La última vez que había tenido contacto alguno con una mujer había sido la fiesta de promoción del colegio. Usted sabe, Doctor, besos y caricias y nada más. Las chicas parecían bastante excitadas por la emoción de estar en esa azotea. No se sorprendieron al vernos. Nos saludaron entre risitas nerviosas y mi amigo les comenzó a repetir incesantemente que no podían estar ahí. Ellas como si no lo hubieran escuchado terminaron de subir y se asomaron a la orilla para contemplar el gran paisaje.

El centro de la ciudad iluminado y en la distancia un hervidero que se expandía hasta el horizonte. Un cielo nocturno iluminado por el amarillo de las luces de la calle. Es como ver un volcán activo desde la distancia. Hasta ahí, nada les había dicho yo a las chicas. Doctor, usted me conoce, mis habilidades sociales son nulas. Y mi compañero, al ver que yo parecía tranquilo, les dijo que se podían quedar un rato. Destaparon el vino y nos ofrecieron. De nuevo mi compañero parecía que iba a colapsar. Yo me acerqué, agradecí y bebí un largo trago. Que qué pasó de extraño, nada Doctor. Tengo ese recuerdo porque toda la escena era particularmente extraña.

Véala desde un narrador omnisciente, le digo. Una azotea con una ametralladora calibre cincuenta, dos adolescentes con traje camuflado y fusiles, tres mujeres jóvenes con una botella de vino. Más que un recuerdo completo, tengo en mi mente una escena y es esta precisamente.

Apenas recuerdo que estuve charlando un poco con una de las chicas. Aunque era atractiva no le presté mayor atención a lo que me decía. Disfrutaba del vino que nos brindaban. Al final, nos dejaron la botella para que la termináramos y ellas se fueron por donde llegaron. Nunca hubo cruce de nombres o números telefónicos. No, Doctor, no existían los celulares en ese entonces.

¿Sabe qué es lo más curioso de todo, Doctor?, le pregunto retóricamente mientras veo que el alcohol va haciendo efecto en él. Tampoco bebe. Seis años después conocí a una mujer que estudiaba en una de las universidades públicas y que se quedaba en esas residencias, en ese edificio. Y un día que salía de visitarla, me encontré con mi compañero de la azotea. Fue el tiempo en que empecé a sentir que el mundo se hacía más pequeño. Ya no me sorprendía por el tamaño de la ciudad. La recurrencia, Doctor, la recurrencia. Era como si me hubiera quedado en esa azotea, y siguiera observando la extensión total de la ciudad y que con el acto de señalar algún punto en el espacio y ya podía estar ahí. Maestro, debería escribir esta historia, me dice el Doctor, además porque la última parte no se la escuché con claridad. Camine más bien que mañana debemos estar en Anapoima temprano, me dice mientras paga la cuenta y se cierra hasta el cuello la chaqueta que lleva puesta.

Degeneraciones

—Doctor, ¿a usted quien le gustaría que lo entrevistara?

—¿Para qué?

—Para cuando sea famoso.

—Yo nunca voy a ser famoso. No me interesa ser famoso, Maestro.

—Pero suponga que le publican su novela y la editorial le dice que tiene que dejarse entrevistar. ¿Por quién se dejaría?

—¿Vivo o muerto?

—Como prefiera. Vivimos los tiempos en que ya nadie puede morir, menos si es famoso.

—No sé si me gustaría que alguien famoso me entrevistara.

—¿Tiene alguien en mente?

—Sí. Doña Gloria.

—¿Por qué ella?

—Porque siempre me gustó ese acento español mermado con un rolo de abolengo.

—¿Solo por el acento?

—No necesito más de esa señora.

—¿No ha pensado en Marta Traba?

—Maestro, la fantasía es suya, no mía.

—Sí, sí, pero ¿le gustaría ser entrevistado por Marta Traba?

—Esa señora jamás de los jamases hablaría conmigo. Si le ponen a leer mi novela se negaría rotundamente diciendo que mi novela es un vestigio de lo decadente del arte contemporáneo o algo así. O que es una mierda. Venga, Maestro, ¿a qué viene la pregunta?

—En días recientes me puse a pensar que si fuéramos leídos como son leídos los NeoNegados o los Invertidos, de seguro en algún punto nos ubicarían en una generación, como la Generación del 27 o la Generación del 98.

—Está usted muy peninsular, Maestro.

—No conozco más generaciones.

—Yo conozco la suya y pienso que ustedes se terminaron de cagar el mundo. Podrían ser la Generación de Mierda.

—Quedémonos en el ámbito literario.

—Me sostengo en lo dicho.

—Está bien, Doctor. Si yo pertenezco a esa generación, ¿usted a cuál?

—Eso no me corresponde a mí hacerlo. Yo enuncio y nomino la suya

porque no pertenezco a su generación y tengo un mínimo de objetividad para darle el nombre que se me dé la gana. Eso le tocaría a alguien como usted, Maestro.

—¿En qué año nació usted?

—El 89. Paila. Ya está ocupado

—¿Y en qué año publicó su primer post del blog?

—Insisto, Maestro. Eso le toca a usted.

—Espere y busco…

—Mientras usted desempolva cosas que ya no me interesa ver, me gustaría que en verdad me contara de su inquietud con eso de las generaciones. ¿Es que ya se siente lo suficientemente viejo como para acuñar un mote generacional y que lo definan con rasgos similares a otros contemporáneos suyos, Maestro?

—¿Dos mil once? ¿Dónde están sus poemas para enamorar incautas?

—Los borré.

—Le gusta vivir al extremo. “La Generación del Once”.

—Doctor, ¿a usted quien le gustaría que lo entrevistara?

—Eso suena muy futbolero, Maestro.

—Apenas para usted.

—Solo Premier League

—¿Qué tal “La Generación del Milenio”?

—¿En serio, Maestro? No me rompa las bolas. Además, Marta Traba jamás pondría un nombre tan poco original como ese.

—¿Se imagina el holograma de Marta Traba haciendo crítica en el Salón de Artistas Jóvenes? ¿O en un recital de poesía partiéndole la madre a todos los que reciten? “La Generación del Holograma”.

—Aunque me gusta la idea, el nombre suena horrible.

—Usted se pasa de exigente, Doctor.

—Lo que pasa, Maestro, es que la fantasía que me ha traído hoy al apartamento apesta a mierda de gato y si se va a poner muy trascendental conmigo pensando qué nombre podría tener una generación de gente que ni siquiera son de edades similares y mucho menos tienen nada en común en su escritura, debo decirle que prefiero que me deje en paz con sus ideas un tanto cancerígenas.

—“La Generación del Cáncer”.

—¡Qué cabrón!

—Deme el crédito, Doctor, de que estoy buscando y pensando un nombre que al menos englobe a esa caterva de gente que se la pasa publicando y haciendo recitales y haciéndose invitar a cuanto festival de chica, pola y guarapo con tal de poner en la hoja de vida que hizo parte de un respetable espacio donde

la Sacrosanta Poesía fue a ungir borrachos y neas. Imagine que le pusieran el nombre de Generación sin Nombre…

—No se me haría raro, la verdad. Y vea que les calzaría a la perfección.

—¿Por qué lo dice, Doctor?

—Si se pone a pensar en ese parche de gente: Los NeoNegados, Tumix, los Invertidos, los Góndolas, las Putas Poetas… Toda esa gente se ha estado esforzando por ponerse un nombre que la rompa, que sea único, que sea irrepetible, que los identifique como se marca al ganado. Ahora bien, si por azares del destino y la poesía se reunieran todos en un auditorio, diga usted un salón de clases, y les preguntaran qué nombre deberían tener como generación, dígame, Maestro, ¿qué cree que pasaría?

—Se matan.

—Exacto. A golpes o a punta de poemas. Usted me acaba de demostrar que muchos de ellos ni siquiera aceptarían el reto porque nombrarse a sí mismos no tiene gracia. La idea es que renazca una nueva Marta Traba o un Bernardo Hoyos o incluso un Gutiérrez Girardot que venga y los bautice en las aguas de la Inmortalidad y con ese bautizo tengan ahí sí la potestad de bautizar a nuevas generaciones porque ellos serán una Marta Traba mal codificada.

—“La Generación Mal Codificada”.

—Prefiero La Generación HTML.

—Seguro le cobran derechos por esa sigla, Doctor. Y si fuera sería XML.

—Me gustaría ser la Generación Java.

—¿Por qué?

—Era la actualización que siempre pedían los navegadores para poder acceder a cierto tipo de páginas de la Red. Además, Java es un muy buen nombre.

—¿Será que tendrían que patentar el nombre de Generación Sin Nombre con todo y que es como un cuento sin título que le pondrían *Sin título*?

—Si lo quieren volver una marca, sí.

—¿Qué no es una marca hoy en día, Doctor? Incluso nosotros pasamos de ser un desparche con nombre a una marca no registrada que, si ha sido curioso en la Red, ya en varios sitios de habla hispana han buscado hacer combinaciones “creativas” de nuestro nombre para buscar esa tal originalidad que no existe. Si le digo incluso, Doctor, que hubo una señora en Argentina que usó el mismo nombre nuestro así, sin ruborizarse.

—Tonta ella si se ruboriza. Que hagan lo que quieran, Maestro. Usted no se desgaste si se llaman sin nombre o si el nombre es sin nombre o esas paradojas que no lo son sino es la simple y llana pereza de realmente pensarse en qué es lo que los une o los separa. Usted lo que debería estar haciendo más bien, en vez de

estar buscando chimbadas en la Red, es estar escribiendo la siguiente novela que nos sacará de pobres.

—Ya la empecé, Doctor.

—Mueche a ver.

—No. Está apenas empezada. Le puedo anticipar que se llama El Desembarco en Normandía.

—Es “de”.

—Yo no soy la Historia, Doctor. Por eso le puse “en”.

Lo que necesito es que sea mi proveedor de placeres inmediatos.

—No, Doctor. Ese es el Poeta.

El Poeta

El oficinista que nu__a vol__ó

Las oficinas son la completa ausencia de propósito. Dices las líneas cuando te corresponda, envías tus correos, quedo atento, un saludo, sonríe. Cada tanto teclea una clave en un cajero automático. Repetir.

Paso el día recibiendo llamadas y correos electrónicos. De entrada sé que todos serán respondidos, con un pdf adjunto. La mayoría de gente te saluda igual, te pide igual, se despide igual. Como si al iniciar la vida oficinil te entregarán un parlamento, para una puesta en escena eterna. Eso son, eso soy. Desde hace ya demasiado tiempo.

La primavera de la vida oficinil terminó hace buen rato, el dinero florece y te deja alardear sobre el buen comer, el buen beber, el uso de sustancias y fiestas de tres dìas. Jurarse el Patrick Bateman criollo, pierde la chispa màs ràpido de lo que creen. Tenìa que empezar a buscar otras respuestas.

El dìa en que resultè en el templo, la cosa no fue tan sencilla. Apenas pude mantener las piernas cruzadas por quince minutos, con el tiempo pasé de los quince a lograr media hora, para luego alcanzar los cuarenta y cinco minutos. Al hacer la práctica un día tras otro durante un año, supe que dedicarle cabeza a esos tiempos es estéril. Sin embargo en la víspera de aquel día, sólo me senté veinte minutos. Nùmero esculpido en mi memoria, fue un momento disperso. No hubo ningún instante pleno, verdadero.

∞

Durante este año, que voy contando, lo primero que hacía era levantarme para ir a una oficina. Creo que, en rigor, era mi único motivo para levantarme. Cosa que me hacía infeliz. Era infeliz al descubrir, que junto al sonido del despertador, en contados minutos tenía que ponerme el traje, corbata y zapatos de material. La entrada de cada brazo en las mangas eran mis grilletes, en mis pies dos bolas negras de acero lustradas y la corbata mi cadena, ajustada a la medida de mi cuello por mano propia. Sólo pensarlo, hunde más mi cara en la almohada. Si hubiera un concurso intergaláctico de los peores madrugadores, seguramente ya sería un referente en la materia, reaccionaba hasta después de medio día, dirían.

Es importante contar que esos primeros quince minutos, fueron el primer dìa despuès de vacaciones. Salir del trabajo directo al templo, a intentarlo, a sentarme en flor de loto sin hacer nada, ni pensar nada. El resultado fue nefasto,

fueron quince minutos recordando el culo apretado de la vieja que hizo las pausas activas. Llegué a casa directo a masturbarme. Al otro día, piernas adoloridas.

∞

Diecisiete días en la práctica, todas de quince minutos. Hasta ahora no ha habido ningún drama en el camino, pero he tenido que buscar otros lugares donde poner los ojos. Mi cabeza está llena de tetas y culos prietos.

Es preocupante la rapidez con que me ha revelado cosas. Y la docilidad de mi mente. La práctica me invadió sin resistencia. A pesar de las contracturas y el envaramiento, sabía que había encontrado algo esencial.

Es absurdo pensar que así voy a sacar todas las gigas de porno y gore que he visto. Distanciarme, claro. De eso y de otras cosas, seguramente. Las pondrá tan lejos que no las podré ver, pero yo sabré dónde están y ellas nunca me perderán de vista.

Estoy cambiando mucho y esa certeza es ridícula. No estoy diciendo nada, ando perplejo y abstraído. Es como si se borrara de a poco lo que me ha moldeado hasta hoy. Mal o bien, me parece triste. Aún así, la práctica se convirtió en los signos de puntuación de mi vida..

∞

Mi humanidad se convierte en un manojo de ansiedades. Un amigo fue quien me invitó a iniciar el camino de la meditación zen, él nunca fue. Yo ya voy para los veintidós días. Cada sentada, invoca ráfagas de imágenes. Respiro, sostengo y suelto. *¿Sabe qué? A mi me saca de acá pero es muerto. ¡Péguelo! ¡Péguelo! *Sonidos de un taser**. Respiro, sostengo y suelto. *¿Qué es peor? ¿Trabajar en un McDonalds o en un Only?* Respiro, sostengo y suelto. *gemidos* Respiro, sostengo y suelto.

He preferido dejar la práctica como algo personal. Se está gastando mi buena cara con la gama de comentarios de mis cercanos, todos inútiles. Es mejor dejarlos ir, a los comentarios, no a los amigos. ¿Cuánta plata te están sacando? Pilas, que esa gente trama bobos. ¿Te puedes venir sin tocar a nadie? Y eso que mi familia hasta el momento no se ha enterado.

Si anda tan estresado en esa oficina, lo mejor es un poco de *ganja*, se arma un porrito. Es lo que mejor da resultado, dice un colega. En mi caso, la exploración psicodélica ya no era una opción, el estudio de leyes fue mi escuela en métodos exógenos de escape. Licor en cantidades industriales pasando a las

caricias del *Jammin’*, un amor posesivo con *La Caina* y un par de idilios con el *White Rabbit*. Ni de vainas tenía algo pendiente por hacer ahí. La respuesta está adentro, inevitablemente en mí mismo.

∞

Día ochenta y siete de la práctica. Mi respiración corta las ráfagas al instante, el tablero vive en blanco. He tenido una sensación de frescor en mi cuerpo, un aroma a eucalipto que limpia mis fosas, que me inflan, me hacen ocupar más espacio del que estoy. Una burbuja gigante\palpitante de aroma a eucalipto, que desaparece con el tintineo de la campana. Fin de la sentada.

Después de esto, nunca entendí las drogas de la misma manera

De inmediato compartí mi experiencia con otros caminantes de la práctica. La desaprobaron. Se quedó dormido, dijeron. Es la fabricación de tu agitada imaginación. Según ellos, ese día fallé en mi práctica. No me inquietó la acusación, el eucalipto seguía en mi.

Al notar mi impasibilidad, insisten que el Zen nace en la experiencia misma del Buda, quien en postura de meditación, despierta a la realidad inmediata de la vida para sumergirse más allá de los condicionamientos y los filtros con los vivimos. Lección no solicitada. Me incomoda esa aprobación unánime de lo recién xplicado, de lo formal y correcto. Tienes que corregir eso, dijeron los practicantes. Recomendando de paso una amplia bibliografía que los respalda. Nunca la revise.

∞

—Hijo, ¿qué hace?

—Estaba meditando. Me acaba de interrumpir.

—¿Usted sigue metiendo vicio?

—A la próxima le digo que estaba rezando.

∞

Es el día ciento cincuenta y tres de práctica. Jueves en la noche. Me reuní con el Doctor y el Cartógrafo. No pueden creer que haya abandonado las sustancias de esa manera. Olían cocaína con tanta alegría que sentí nostalgia por esos tiempos, aunque reconozco que ese día nació en mí una secreta satisfacción. Vacía, sin embargo. La práctica, simplemente me invadió.

Somos una especie en riesgo de extinción, la ley debería protegernos, dice

el Doctor, mientras el Cartógrafo le escribe desde su teléfono a la vagina que quiere rentar por un par de horas. Enseguida agregó, como si hablara en nombre de todos los cocainómanos del mundo: Contábamos con sumercé.

Después me dijo que le costaba recordarme sin los efectos de algo, así fuera jincho. Me conoce hace media vida, sabía que cuando me encontraba muy energizado en las mañanas, seguramente mi desayuno había sido cocaína con pan. Ese jueves, me vió reeducado, en algún aspecto desconocido de la vida.

∞

Lo que para un practicante es verosímil, para un no-practicante es ilógico. Esa grandiosa película de Kim Ki-duk, por ejemplo: la vida de un joven monje budista que pasa su vida meditando, rodeado de naturaleza casi toda su vida.

Todas las cosas están vacías: nada nace, nada muere, nada es puro o impuro, nada aumenta o disminuye. Así pues, en el vacío, no existe el cuerpo, ni las sensaciones, ni los pensamientos, ni la voluntad, ni la conciencia.

Los no-practicantes difícilmente entienden esas historias. Palabras de un vendehumo, un cañador, las ven con sospecha. El practicante en cambio, las atesora. Ha estado ahí.

Meditar me ha alejado de mi lengua, me ha permitido evaluar la necesidad del sonido. Las palabras suelen ser miserables, son un desprecio al silencio. El silencio junto con la práctica, son mi modo de invertir ese hablar inoficioso, de quebrar este orden maligno. El hacer ruido porque ajá.

Por qué huele a eucalipto todo el tiempo, pienso.
Realmente ya no hablo con nadie, pienso.
No sé la última vez que salí de mi apartamento, pienso.
Qué objeto tiene pensar esto, medito.

∞

Día ciento noventa y ocho de práctica. No he vuelto a meditar en el templo. Me siento en el cojín, solo en mi habitación. Respiro, sostengo y suelto. La suavidad en mi respiración se ha refinado, los músculos responden a la tarea, el eucalipto sigue ahí. Sin embargo, ahora veo troncos de árboles, sus cortezas caen víctimas de su sequedad, tengo que ponerme de pie para ver sus copas, allí hay un águila, me contempla, su extrañeza parece perpetua. Regreso al suelo, veo gruesas extremidades peludas debajo de mi, me llevan caminando hacia una cueva. Entro, la oscuridad deja espacio sólo para los sonidos, hojas y ramas

secas quebrándose. Ondas sonoras reflejadas en las paredes rocosas. Las ramas me rodean, rozan mi pelaje. Silencio, estoy de pie en la ventana de mi habitación.

¿Estaba realmente meditando? ¿Será que los otros caminantes de la práctica tenían razón? ¿Me puse muy loquillo? ¿Hay posibilidad de volver a la vida regular? En ninguna parte están las respuestas.

Querido Doctor, querido Cartógrafo, no saben cuantas veces intenté escapar de la vida, la práctica me ha permitido abandonarla. Me salí de la sala a mitad de la película vital.

∞

Día doscientos veintitrés de práctica. En mis primeros días, una sentada duraba el lapso del obligado pocillo de café de mi padre cada tarde. Con el tiempo iniciaba al despertar hasta reaccionar con el olor a sudado de carne, que siempre sube por el edificio en las tardes. Ahora apenas reacciono al momento en que la puerta se abre, cuando mi papá llega de trabajar. Por eso mismo jura que no hago nada, que me la paso durmiendo, tal vez tenga razón.

Tantos días sin reparar en su compañía me pone a pensar en lo que me he convertido. Sofoco esos pensamientos. Tarea complicada, viendo a una persona que se agota a diario para tener una vida decente, con conocimientos enciclopédicos sobre agachar la cabeza . Eso, sumado a motivos ya sabidos, no me dejan llegar al saludo con él. Me despido en silencio, a través de una pared. Hay que meditar, las garras y el pelaje siguen conmigo, a pesar de no verlas.

∞

Decenas de llamadas perdidas junto a la preocupación de mi padre, me hacen salir de mi casa, después de una sesión corta. Se sintió como una recaída, peor que un pase. Qué difícil es la cordialidad de las personas, se acercan mucho, te abrazan sin aviso. Estoy rodeado de un montón de gente que se encuentra abrazable entre sí, con risas nerviosas de fondo, resulté lanzándome a quien tuviera enfrente. Se sentía como la alegría del turista, la bendición de sólo estar de paso. Charlaban sobre cosas que no me interesaba comprender. Se enfrentaban, se daban duro, apelaban a principios difusos y argumentos trasnochados. Agradecí su hospitalidad riendo de los memes que me mostraban y comiendo un tamal a gusto.

De pronto la atención cayó en mí, buscaban explicación por mi ausencia. Me ví hablando de mi encuentro con la práctica del budismo zen, de manera

incómoda, torpe. Fue extraño que nadie intentara desviar la conversación, podría jurar que nadie entendió una letra de lo que dije, como si hubiera juntado unas cuantas al azar para liberarlas a su suerte. El auditorio me observaba con un rictus de desprecio, hasta que alguno me miró con ojos llorosos y me dijo: haceme el favor de buscar un empleo y si te conseguís una novia, mejor. Todos los secundaron y varios dijeron: sí, de una. Me palmearon mucho la espalda y me dijeron que siempre a la orden, lo que necesitara.

Callé. Afortunadamente lo entendieron como una concesión, que restituyó el ánimo festivo antes de mi anotación. Algún familiar inició un relato sobre su experiencia en el evento de un orador motivacional de renombre. Estaba esperando el momento en que nos demostraba cómo le cambió la vida. Sólo terminó oreando su intimidad. Su historia terminó pronto, para él tampoco hubo alguien que desviara la conversación.

Con las maneras sociales activadas, me despedí con la infinidad de abrazos reglamentaria. Todos respondieron con espíritu aleccionador, como a un chirrete en rehabilitación. Me fuí, al llegar a casa apagué el teléfono.

∞

Día trescientos sesenta y cinco de práctica. El abrigo del pelaje, la huella grande y el frescor del eucalipto llenando mis pulmones seguían ahí. La meditación se había convertido en los signos de pregunta de mi vida y la respuesta que va después. Puesto que no sé qué otra cosa hacer, me sentaré por última vez. Solamente por mil años más, los últimos mil años de mi vida.

Vuelve la oscuridad, las ramas siguen cubriendo mi pelaje. Salgo hacia el destello de luz, es la salida de la cueva. Camino con lentitud, mis sentidos apuntan hacia un río, los aromas frescos me guían, las hojas meciéndose en su caìda marcan mi ritmo, los pétalos amarillentos señalan mi senda. El sol cae a la cadencia del crujir. Suena una rama de un árbol, son las garras del águila abrazando la madera. Delante del púrpura del cielo está su mirada, ahora es de confianza perpetua. Me asomo al río, miro mi reflejo, no me reconozco. Mientras más tiempo paso allí, mi rostro cada vez es menos humano, mis recuerdos se hacen papilla, las palabras son ininteligibles en mi cabeza, se deforman, se escapan. Ya n s y c az e li ar m s. N t e ch n e de r ad s. A bo de en n r q e e o ha o u r o en ve t ue e v es.

Un oso rugió en algún bosque.

Las fruticas

Poco después de que Fresita le regalara un tubo de papas al Poeta. Ella anunció que eran pareja. Esa relación empezó en una bodega clasificando papeles, se concretó un año después siendo colegas abogados. El Poeta era un proyecto, que estaba en la mente del oficinista.

Los círculos de Fresita y el Poeta eran distintos, la gente de ella eran los padres y madres solteros, sus motivos eran sus críos, su charla eran los críos, su mente siempre apuntaba hacia ellos. El Poeta, rotaba pola desde la hora de salida y lucía con orgullo la cruda al día siguiente. Era tan firme que bebía como cosaco, dormía dos horas y se sentaba en el cubículo en una sola pieza. Se juraba un campeón, el Ayrton Senna de la empinada de codo a velocidad.

Mientras Fresita salía de afán para recibir al crío en casa, el Poeta tramaba la jartera del día. Ella miraba desde el paradero, aquel miraba de reojo con pola en mano, disimula riendo de las anécdotas de turno en su mesa.

Hay que hacer el momento, buscarlo, dicen los que saben y el Poeta era un ignaro. Una mañana mientras el Poeta fumaba, Fresita se acercó, sacó el tubo de papás con sabor ajo. Es un regalo de despedida, dijo. Acabo de renunciar, encontré una mejor oportunidad en otro lado. Beso en la mejilla y adiós.

El Poeta, tieso y frío como una paleta de muerto vivo, no dijo nada. En ese momento cualquier cosa que se pueda decir sobra. El tubo fue recibido a dos manos con cariño y depositado en la maleta. Según Fresita, no hizo falta más. Esa es la movida del Poeta, no sabe jugar. Así es el amor, decía Fresita. Nunca se enteró como fresita sabía el sabor preciso y es un blandito con los detalles, estaba metido ahí también. El tubo fue el túnel entre sus corazones, Durante el tiempo que no nos vimos desde su renuncia, el Poeta pensaba en que ella le dio unas papas, ella pensaba en cómo él recibió las papas.

Tiempo después, el Poeta se hartó de clasificar papeles, mismos códigos de clasificación diario, mismos papeles, pero con distinto nombre de viejo y distinto número de cédula. Todas ellas de siete dígitos. Al conseguir otro empleo, coincidió en oficina con. Fresita, se asomó por uno de esos cubículos. El Poeta volvió a ser paleta de muerto vivo, mientras ella de pie y beso en la mejilla decía estar para lo que quisiera. El Poeta lo entendió de manera profesional, el tiempo diría que ella tenía clara la idea.

El Poeta fue asignado a otra área y como siempre llega tarde a todas partes, a primera hora ya tenía un tubo justo al teclado del pc. Así anduvo la relación, al compás del pop y del sabor a ajo, Al llegar la fiesta de trabajo de fin de año,

Fresita se aventó, se sentó en la mesa del Poeta. Guaro va, guaro baja, las botellas sumaban sobre la mesa y las víctimas de la licorera de Cundinamarca y Bavaria cotizaban al alza. Pero, sin importar toda esa peste a anís en el ambiente, un aroma resistía. Un *splash*. Fruta dulce. Fresas. Le hacía hasta arder las fosas al Poeta. La fruta se abría espacio. Con garras, uñas y dientes. El dulzor etílico sucumbía a la esencia a fresa de catálogo.

Ella miraba al Poeta sabiendo a lo que venía, el por qué estaba en esa mesa. Esperaba a que el guaro hiciera su cometido. En mí, en ella. En nuestras ganas. El evento termina y ella me pide que compartamos taxi. El asunto se concretó en un motel de mala muerte. Allí nos amaneció, desde ese día, el aroma era nuestro código, cada vez que olía a fresas, Fresita quería que fuera parte de la ensalada.

El Poeta fue un canalla, se asustó apenas Fresita le contó sus líos maternales. Los líos del Poeta eran cuál juego de *Play 2* comprar o la demora en el *shipping* de unos lentes de sol. El Poeta la cortó. En una fiesta de año nuevo, un lustro después se enteró que Fresita se colgó, se mató. Se lo contó una amiga en común, en una llamada a las 12:01 am del 4019.

La primera imagen del Poeta del 4019 fue una mamada. Ella las daba cósmicas. Húmedas, con ritmo. Desliza sus labios por el glande lentamente, rápido en el falo, regresa despacio, me miraba a los ojos. Arriba y abajo con firmeza, a velocidad constante. Más saliva. Retira su rostro, un hilo de saliva\semen comunica sus labios con mi pene, un puentecillo sucio y aguado. Que nunca volvió a ver. Así fue como el Poeta se convirtió en un perro de Pávlov sexual, que sufre una erección cuando huele las fresitas que cuelgan del retrovisor del taxi.

Sueño I

El Poeta estaba de pie en un escenario oscuro, le llovían aplausos mientras un hombre que vestía un traje intacto le levantaba el brazo izquierdo. A su derecha aparece otro tipo, quien le entrega una estatuilla, y le levanta el brazo, enérgico. Los aplausos no paran. Los brazos siguen arriba. Apenas los bajan, la gente calla.

El Poeta camina entre gente, le aprietan la mano, le palmotean la espalda, se toman fotos con él. Mucha gente, muchas manos, muchos golpes en la espalda. El Poeta cree que quedará ciego de tanto resplandor disparando frente a su cara. Ellos usan tuxedos y ellas vestidos de cola larga, baccarat por doquier y servilletas de tela sobre las mesas llenas de copas y platos vacíos. Todo impecable.

El Doctor se acerca al Poeta, le felicita por haber ganado, pero aclara que es una lástima no saber el motivo del homenaje. El Poeta calla. Mira la estatuilla, observa la turba que acaba de atravesar, se pone en puntitas de pie para intentar ver el escenario. Penumbra. El Poeta no sabe qué ganó, y peor aún, no sabe qué hizo para ganarlo.

Entre más intenta recordar, más gente se acerca a felicitarle, todos le hablan al tiempo de cualquier huevada. El ruido le rompe la concentración, las palabras que quiere convocar no se fijan en su cabeza. Solo están fijas las risas y el fino toque del baccarat. El Poeta camina hacia la barra, El Maestro es el barman, quien dice llamarse Master Bartender. El Poeta le dice que jamás le va a llamar así, quien le dice que ni a bala le servirá un Pokerón, pero tiene Gin Tonic y *respuestas*. El Poeta pide una copa de lo último.

Aunque el Maestro tiene todas las botellas habidas tras de sí, desde aperitivos de guaro hasta coñac, no agarra ninguna de ellas. Sin embargo, saca una copa y la pone bajo la barra. El movimiento de sus brazos revela que está sirviendo algo. Mira de reojo al Poeta, no quiere que vea en lo mínimo la operación. El Maestro se agacha y par segundos después se asoma con copa en mano, la pone sobre la barra y le inserta un mezclador metálico.

El Poeta ve una copa vacía, solo hay hielo y el mezclador atravesando los cubos. Agarra la copa para ver más de cerca. Al sostener la copa sabe que lo más lógico es ir a buscar a los jurados. No hay quien más tenga la respuesta.

¿Cómo se puede ver un jurado? Piensa el Poeta mientras se sumerge de nuevo en la turba. Sortea con diligencia las risas y apretones de manos, pero cada vez le cuesta más pasar, hay menos espacio. Ahora tiene que pedir permiso

para pasar, nadie lo determina. El tuxedo se empieza a rasgar, a ensuciar. El magullado y sucio Poeta se detiene. Ve una mesa con tres viejos rancios, obesos y más bien blanquitos. Esos tienen que ser. Se sienta y de inmediato les pregunta. ¿Qué hice para ganar esto?

El viejo de la mitad le dice que deje la falsa modestia, que en la escena todos usan esa pose para ocultar la arrogancia. El Poeta insiste. ¿Cuál premio me gane? El viejo le responde que va a necesitar una mejor excusa si quiere hablar con ellos.

¿Quieren una copa de trago? Dice El Poeta, sabiendo que esos viejos rancios son incapaces de negar licor gratis. El grupo asiente. Se acercan a la barra. El Poeta le pide al Maestro cuatro copas de *respuestas*. El Maestro observa al grupo, se retira por unos minutos, vuelve con una bandeja que tiene cuatro copas, cada una con mezclador metálicos. Pone la bandeja sobre la barra y se queda allí, firme.

El Poeta mira fijamente al viejo del centro, quien apenas agarra la copa le dice que ganó el premio literario más grande que haya existido. Les indica a los otros dos viejos que tendrán que conseguir a un tercer viejo obeso y rancio, ya debe haber alguno por ahí, remata. Ambos salen del edificio, suben a un carro que arranca directo por la Calle 26 hasta llegar a Álamos.

El carro se detiene. Hay tres bodegas gigantes frente a la ventanilla del Poeta. Aquí está su obra, el reflejo más grande de su trabajo, dice el viejo. El par se baja del carro, entran a la primera bodega. Hay tres montones de cajas, cientos de ellas componen cada uno de los montones perfectamente apilados, todas prístinas con bordes agudos y limpios. Sobre cada montón hay un cuerpo perfectamente ubicado en el centro, tan quieto que parece inerte, pero el parpadeo de los ojos los delata. El Poeta apenas se rasca la cabeza, el viejo apenas mantiene la compostura, la comisura del labio le tiembla.

Pasan a la segunda bodega. Hay dos montones de cajas, decenas componen cada una de ellas. Aunque el cuerpo está perfectamente centrado, parece que las cajas le amortiguaron la caída desde una gran altura. Las cajas están arrugadas y con manchas de humedad, algunas parecen que están a punto de caer. Los cuerpos que están sobre las mismas están pálidos y con la quijada floja. El viejo apenas carraspea la garganta con la cabeza abajo, se tapa la cara con la mano. El Poeta quiere ver más.

Llegan a la tercera bodega. Desde la entrada se ve una caja en el centro con algo que parece un cuerpo encima de ella. Apenas se acercan se dibuja una caja enrojecida por la sangre, aplastada por la caída de un cuerpo que está purulento, apestoso y con varios huesos expuestos. El Poeta infla el pecho. El viejo llora de rodillas en el suelo.

Sueño II

Paila papi, perdió. Le dijo la nea al Poeta justo antes de darle un tiro en el pecho. El Poeta sabe que el tiro le atravesó, el proyectil entró y salió, limpio. La bala no tocó nada vital, pasó a par centímetros del corazón. De hecho, el impacto ni lo movió. El Poeta se mira el pecho, ve una mancha roja que empieza a crecer, se manda la mano para taparla. Camina por la calle, la gente lo mira con miedo, se quitan de su camino. La mancha ahora es más grande que su mano, tiene que usar ambas para taparla. Apenas lo hace la gente deja de mirarlo, puede seguir caminando más tranquilo.

El Poeta sabe que tiene cosas por hacer, pero la mancha en el pecho se lo impide. Necesita entrar a un edificio, no puede. Quiere comer, pero tiene ocupadas las manos. Recibe llamadas a su celular que no pueden ser contestadas. No puede quitar las manos de su pecho, no debe quitarlas de ahí si quiere seguir caminando tranquilo.

Se le ocurre una solución brillante: ir a un hospital. Contento camina hacia allí, mientras tararea una canción hippie de los sesentas. Me mando arreglar por un médico, en un parpadeo salgo y sigo en mis vainas, se decía a sí mismo el Poeta.

Apenas llega al hospital lo ubican en la sala de espera, se queda sentado donde le indican. La gente entra, se sienta, reciben documentos y salen el edificio. El Poeta espera, y sigue esperando un poco más. El lugar se desocupa poco a poco, pero aún no lo hacen seguir. Por el altavoz avisan el cierre del hospital, la jornada ha terminado. El Poeta se disponía a salir del lugar cuando el Doctor lo saluda, ya que su turno ha terminado.

El Poeta iba a abrazarlo ya que tenía tiempo sin verlo, pero al revelar la mancha el Doctor entra en pánico, llama a las enfermeras y pide una camilla de inmediato. Tenemos un caso crítico, les dice. El Poeta dice algo, pero las enfermeras lo someten a la camilla, lo repite, pero el Doctor solo grita los procedimientos, exámenes y medicamentos que necesita de inmediato.

Mientras corren por los pasillos del hospital, chorros de líquido rojo se activan a su paso, como fuentecillas que decoran el recorrido de la emergencia. Las enfermeras y el Doctor apenas se pasan la mano por la cara para limpiar el líquido que les está bañando por completo. De las paredes escurre el líquido que salpica por todas partes y llena vasos, materas y bacinicas.

Desde la camilla el Poeta ve como el líquido se mezcla con todo: comida, café, suero, orina, caca y sangre. Logra apreciar cómo el rojo colorea el

sufrimiento que habita ese lugar y presagia el que ha de venir. Es una mala idea elegir que todo sea blanco si siempre pasa esto, piensa el Poeta. El Poeta sigue diciendo algo, pero la concentración de todos está en salir de la zona roja lo más rápido posible para tratar la herida de bala.

La camilla cada vez se mueve más lento, los pies chapotean en charcos rojo que les llegan hasta la canilla. El Doctor y su equipo se detienen, una puerta se abre. Adentro no hay manchas, ni mezclas ni chorros rojos. Las enfermeras se quedan detrás. El Doctor pone una luz brillante frente a los ojos del Poeta y se dispone a preparar todos los instrumentos que utilizará. El Poeta le permite continuar, convencido que ya salió bien librado de esta.